



He aquí las dos alegorías que Antonio Murat tuvo la humorada de colocar en el techo árabe del comedor de D. Alvaro.

Un grupo de supuestas escardadoras lamedeñas, pollitas de primera puesta, de alrededor de 14 años, meriendan en el Centenillo de la Alameda, donde iban a comer los corderos, a la derecha del camino, antes de llegar al puente de entrada a la aldea.

Sobre el césped, orilla del río, han tendido un mandil y encima se ven, aunque mal, los preparativos de una ensalada de limón, la botelleja del aceite, las cortezas de los limones y la ricia de las cebollas.

El segundo lienzo está planeado en la Deseada, en una zona de monte claro, al caer de una corraliza, perfectamente vistos por Antonio

Dicen que representa el momento de sorprender los guardias a un cazador furtivo, pero los ánimos más bien parecen de conformidad con la suerte del cazador y de acuerdo con comerse en amor y compañía el par de liebres y el conejo que desde el suelo atraen la atención de todos, incluso de Calalo que, rara avis, avanza pausadamente hacia el cuerpo del delito, como si fuera al arroz.

